

«El conflicto de Euskadi es un problema de incultura»

BEATRIZ RUCABADO BILBAO

Un país donde entran con timidez algunas ideas ilustradas. Dos hombres, miembros de la Real Academia Española, que viajan a París para traer a Madrid la *Encyclopédie de D'Alembert y Diderot*. Son el bibliotecario don Hermógenes Molina y el almirante don Pedro Zárate, *Hombres buenos* (Alfaguara) en la España de finales del siglo XVIII, que dan título a la nueva novela de Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951). El escritor y académico presentó ayer en Bilbao un libro de aventuras sazonado de intrigas y reflexiones sobre el país que pudo haber sido.

Pregunta.— El narrador de su novela dice que ideas para escribir no le faltan, pero que hay que saber seleccionarlas. ¿Por qué ésta merecía ser contada?

Respuesta.— Porque me hago mayor y hay cosas que no quiero dejar a mi espalda sin resolver. Esta novela, aunque es el territorio revertiano de siempre, aborda ángulos que antes no había tocado. Sobre todo el de la esperanza. Se refiere a la gente buena, a la que me deja buen sabor de boca. Es una especie de reconocimiento de que, a pesar de que el mundo es un lugar peligroso y hostil, lleno de gente mala, también hay gente buena que merece la pena. Y les debía este homenaje.

P.— El narrador cuenta su proceso de documentación. ¿Por qué?

R.— Era una novela compleja de contar de una forma lineal. Acudí al juego del narrador para poder hacer cortes, elipsis... y agilizarla. Por otra parte me servía para recordar, y eso sí es un objetivo de la novela, que todo lo que cuento vale para el presente. No hablo de un momento muerto en el tiempo. Trato de argumentos vivos, válidos para el hombre de ahora.

P.— ¿Qué enseña el XVIII?

R.— Podemos aprender de todos los siglos. El grave problema de España, y eso incluye a Euskadi, es que no prestamos atención a la Historia como maestro. Al privarnos de su estudio en los colegios y en las instituciones, nos están privando de los mecanismos de comprensión. Por eso es tan importante la Historia en mis novelas, in-

cluso en las que hablan del presente. Sin memoria no somos nada y podemos ser manipulados por cualquiera.

P.— Entre los problemas del XVIII, un personaje se pregunta si es bueno recordar continuamente si alguien es extremeño, vizcaíno o guipuzcoano...

R.— Eso es algo muy español. Cuando lees la historia de otros países, evidentemente hay quien es bretón, corso, bávaro, del Báltico, galés o escocés. Pero siempre están en un contexto general, siempre usan el plural. En España no: siempre usamos el singular. El almirante lo constata no porque yo crea que es así, sino porque autores como Feijoo, Jovellanos y Moratino, los ilustrados del XVIII, se quejaban precisamente de que esa fragmentación, esa incapacidad de hablar en plural de los españoles, nos perjudicaba mucho. Y todavía nos sigue perjudicando. El español es incapaz de usar el plural. Pero insisto en que no es una idea mía, sino que está en todos los textos ilustrados.

«A menudo es el silencio de los cobardes lo que más ayuda a los malos»

P.— Los dos académicos llegan al París de los filósofos, mitificado en España, pero que no se diferencia tanto del país. ¿Por qué triunfó allí el espíritu de cambio y aquí no?

R.— Porque allí las ideas podían circular. Teniendo unas condiciones sociales muy parecidas en muchas cosas, hay una diferencia fundamental: allí la Iglesia no tenía el peso suficiente para frenar las ideas. Se publicaban libros. Aunque oficialmente había censura, la Iglesia no tenía el poder absoluto de cortar aquello, mientras que en España sí. Aquí la Inquisición prohibía la circulación de las ideas. Y las ideas no circularon.

P.— Entre los lugares por los que las ideas circulan en la novela está el salón de la rue Saint-Honoré,

liderado por madame de Dancenis, nacida en San Sebastián. ¿Por qué ese origen?

R.— Primero, porque Teresa Cabarrús, una de las mujeres que tuvieron salón en París, era española, hija de un banquero español, y a madame Dancenis la inspiró un poco en ella; y me apetecía que fuera española. Pero por otra parte, porque también es de justicia decir que esto no es sólo un fenómeno francés, alemán, prusiano o ruso. Cuando un español tenía medios, también desarrollaba las ideas.

P.— El narrador advierte de que ya entonces se ven diferencias entre los españoles que serían terribles para nuestra historia. ¿Fue la Guerra Civil consecuencia del XVIII?

R.— Sin duda. La Guerra Civil, el conflicto de Euskadi de los últimos cuarenta años y los problemas del presente. Seguimos siendo herederos de esa aberración histórica, de

esa pérdida del tren de la modernidad. La incultura y la insolidaridad de los españoles tienen su origen en las mismas causas. Perdimos la posibilidad de modernidad en el siglo XVIII y XIX y lo estamos pagando todavía. Hasta el conflicto de Euskadi es un problema de incultura, como lo fueron las guerras carlistas, la Guerra Civil...

P.— Uno de los personajes habla de la necesidad de un Estado fuerte que proteja a los artistas, a los científicos...

R.— Son ideas de la época, palabras del XVIII, y no creo que eso ahora deba ser así. Pero sí es verdad que sigue haciendo falta un Estado que respete, que permita desarrollarse y que apoye y respalde la cultura, cosa que no está ocurriendo. España es uno de los países donde la cultura ha sido más maltratada por el Estado. Siempre. No por los gobiernos, sino por el Estado.

P.— En la novela tiene gran presencia la Real Academia Española. ¿Por qué?

R.— He querido que la gente conozca un poco más lo que la Academia hizo y significa. Es mi homenaje a sus hombres buenos. Reconozco que en ella, antes y ahora, también hay hombres malos. Pero como institución es muy respetable y merece ser honrada.

P.— Entonces se prohibían libros. ¿Cuál es ahora el problema?

R.— Ahora la represión viene por otros lados. De todas formas, más que el que prohíbe, el culpable es también el que se deja prohibir. Hay una complicidad de la víctima con el verdugo, a veces. El País Vasco es un ejemplo muy claro. A menudo es el silencio de los cobardes, de los que se quieren congregar con los verdugos, lo más pernicioso, lo que más ayuda a los malos.

